

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

EL ANTROPOMORFISMO FUNDAMENTAL DEL CONCEPTO:
‘‘HOMBRE’’

(*Un ensayo de Psico-Antropología*)

‘‘Porque la importancia no está, amigo lector, en que te diga el proceso que dio origen a la forma humana (que todos ignoran, por lo demás), sino en que adaptes tu mente a un ángulo determinado en tu manera de pensar. O sea, que la palabra y el concepto ‘‘Hombre’’ no tengan para ti el significado que les dan las gentes, y que comprendas que aquello que los demás entienden por ‘‘Hombre’’ no existe dentro de la Naturaleza, como no existen tampoco en el mundo natural, las Sulfanilamidas. Por eso quiero que adviertas que este concepto no corresponde

a realidad alguna dentro del plano biológico, ni constituye siquiera —en lo tocante al Hombre, filosóficamente considerado— una ‘‘especie’’ determinada. Porque la verdad es que sobre la tierra sólo existen ‘‘seres vivientes’’ que, para mayor comodidad, hemos incluido dentro de las clasificaciones de la Taxonomía, atendiendo a algunos caracteres más o menos convencionales; meros tabiques que separan otros tantos casilleros, bastante útiles para el estudio, pero sumamente perjudiciales para la verdad y comprensión de la realidad exterior’’.

B. S. *Santa Materia* (La Pequeña historia)

I

HAY ALGO DE QUE PODEMOS ESTAR SEGUROS en este maremágnum de imprecisión y vaguedades que caracteriza a la Paleontología Humana: y es que el Hombre, como sus parientes Simios, se cuenta entre los animales más inquietos e inquisitivos del planeta.

Provisto de una curiosidad insaciable desde la primera infancia, se torna descontentadizo más tarde, a menudo malhumorado, otras veces, burlesco; siempre en movimiento o averiguación de alguna cosa concerniente al mundo externo o a sus propios congéneres.

Su afán ambulatorio, evidenciable desde el fondo de la Prehistoria, lo ha llevado a desplazarse continuamente hasta llegar a ocupar la casi totalidad

de la tierra. Y no caigamos en el error de perspectiva de creer que las grandes migraciones históricas y las exploraciones de nuestra civilización última han conducido por primera vez al Hombre hasta las antípodas de su hogar terrestre. De hecho, la civilización occidental no ha hecho sino redescubrir conscientemente un mundo ya conocido y recorrido por el animal humano desde los comienzos del Pleistoceno, si no antes. Aun aquellos continentes hoy sumergidos en las aguas, fueron quizás en un tiempo lugares habitados por él.

Y en lo tocante a nuestra América, disentimos abiertamente con la opinión de aquellos autores —que han hecho de aquello un dogma— y que la dicen habitada por el Hombre sólo en épocas relativamente recientes, inferiores a los 20.000 años; y esto, atendiendo a las vagas teorías de las glaciaciones en este continente, y basándose en que aún no aciertan con los fósiles y otras pruebas que vendrían a contradecirlos. Contrariamente a ellos pensamos, por una parte, que los hallazgos paleontológicos, así como la ciencia antropológica en general, se halla todavía en su primerísima etapa de investigación, aun en Europa y otros continentes; sobre todo en este Nuevo Mundo, más orientado hacia el futuro que no hacia el pasado.

Por otra parte, nos parece absurdo aceptar que ahí donde otros animales contemporáneos del hombre primitivo lograron pasar y llegar solamente el Hombre, que es el más inquieto e ingenioso de todos, haya sido el único en quedarse atrás en este afán de recorrer y ocupar toda la tierra.

II

Si partimos de esta inquietud fundamental del Hombre, y si la consideramos ahora, no ya en el plano exterior y motriz sino en el interior y cognoscitivo, resulta sorprendente comprobar que este ser, capaz de llevar su sed investigadora a todos los rincones del globo, y de extenderla hasta los portentosos adelantos y descubrimientos de que da pruebas la Ciencia contemporánea, haya demostrado una ausencia tan completa de curiosidad en la averiguación científica de sus orígenes.

¿Rechazo consciente, quizás, y repugnancia de enfrentarse con ciertas verdades que podían echar por tierra el sueño de soberbia del animal más vanidoso de la tierra? ¿O, acaso, testarudez en su porfiada negativa para situar biológica y psicológicamente al animal, colmando así el abismo imaginario con que siempre gustó separar la condición humana de aquélla de la bestia?

¿Actitud ciega y dominante del cazador, constantemente dispuesto —hasta por razones de autojustificación— a establecer una diferencia tajante entre la presa cazada y el victimario, empeñado en destruirla y consumirla en todo sentido?

No lo sabemos.

Pero el hecho está ahí: hasta en nuestros días, el Hombre sigue refiriéndose a sí mismo y a los animales como si se tratara de dos entidades totalmente diversas, dejando para estos últimos el mero papel de decorado, de comparsa inconsciente y ajena a él, mantenida ahí por el Creador con el único objeto de deleitarlo (el canario en su jaula), de ayudarlo (la bestia de silla o de arado), o nutrirlo (toda la masacre diaria expuesta en cada carnicería). Al animal que trata de subsistir, comprometiéndole sus dominios, lo llama "animal dañino"; al que se le opone: "fiera, o alimaña peligrosa". La costumbre, las leyes y las religiones, han dado su paternal bendición a estas conductas que ya nadie se detiene a considerar y, por ende, a estudiar, encaminando así la mente humana al verdadero significado que podría tener el animal, y con él, el Hombre, dentro del concierto de los seres vivos.

No es otra la razón, según nuestro modo de ver, para que en este estadio evolutivo a que ha alcanzado la humanidad contemporánea, no se haya logrado estructurar todavía una *concienciación* del Hombre respecto al Animal.

Lamentamos decirlo, pero el antagonismo reinante entre estos dos conceptos: "Hombre" y "Animal" reconocen una raíz sobre todo religiosa, ya que malamente podría sostenerse religión alguna, ahí donde estuviera ausente su principal recurso: la segmentación del Hombre del resto de la Creación. Las religiones —para nuestro caso, la Cristiana— influyeron poderosamente en el pensamiento filosófico occidental ("*Ça crie et ça ne sent pas*", decía Descartes de sus perros), creando un muro infranqueable a la comprensión científica y filosófica del animal, y por ende, a las tentativas de "situar" al Hombre dentro de la escala de los seres vivientes. La consecuencia de tal estado de cosas fue la aceptación general del viejo *statu quo*, y esta ausencia de curiosidad a que aludimos, tocante a los orígenes del Hombre. Las explicaciones religiosas, las filosóficas, y las pseudocientíficas, pasaron a ocupar el sitio que debió ocupar el razonamiento y la investigación, contentándose el espíritu humano con las razones que se le daban en un problema que, por lo demás, parecía no revestir ninguna urgencia ni procurar un mayor beneficio. Al contrario, que era útil para el hombre mantener alejado de sus preocupaciones diarias, para así seguir valiéndose de sus interpretaciones míticas dentro del cuadro de falsedad biológica en que se movía, del régimen democrático que se

creó en torno a la dignidad e igualdad del Hombre, y de la moral que se inventó para su mayor tranquilidad y provecho.

Tal actitud de desgano respecto a su ubicación zoológica, correspondería —guardando las debidas proporciones— a un resabio, acorde con la propia condición animal del Hombre. Por esto, resulta novedoso observar que ni psicólogos ni antropólogos hayan reparado en que nuestro concepto de "Animal", es en su primerísima esencia una imagen genérica QUE TAMBIÉN POSEE EL ANIMAL EN RELACIÓN A CUALQUIERA OTRO SER VIVO Y AJENO A SU ESPECIE. Para un gato, aquello que no tiene forma ni olor de gato, que no se conduce como gato, va a ocupar en su casillero mental un lugar donde se acumulan los seres no-gatos; las excepciones, lo diferente y ajeno a él, lo extraño, lo peligroso e incomprensible. En una palabra, lo que en iguales circunstancias, el común de las gentes denomina: "animal".

A la inversa, "Hombre" es otra imagen-concepto, también genérica (en su forma primaria) que significa: mi semejante; un ser que se conduce como yo; a quien entiendo y me entiende; que no me ofrece un peligro inmediato ni desconocido; que posee una forma corporal análoga a la mía; que es una suerte de "otro yo", etc.

Esto, que hemos definido como nuestro semejante humano, lo siente también el animal EN RELACIÓN A CUALQUIER OTRO INDIVIDUO DE SU PROPIA ESPECIE; en relación a "sus hombres".

Hay, pues, en el animal, un equivalente de lo que nosotros designamos en su forma primaria con los términos: animal y hombre. De no ser así, resultaría incomprensible cualquiera conducta animal en relación a sus congéneres y en las diferencias que establecen cuando alternan con los suyos o con "animales" que les son ajenos; con los "extranjeros"... Y adviértase que para todos los pueblos, el extranjero es como un ser de otra especie; algo que fluctúa entre los conceptos de lo humano y de lo animal, que no se comprende, al que se evita en lo posible y se le habla en voz alta, como si fuera sordo, o con el tono falso y estereotipado con que nos dirigimos a las bestias.

De ahí que pensamos muy seriamente que el substrato mental del Hombre, en relación con su propia especie, y con las otras —que incluye bajo el término de "animales"— es semejante en contenido y análogo en mecanismo psicológico, al que observamos en el resto del mundo zoológico.

Es en este sentido que no nos parece exagerado afirmar que el auge que está tomando en nuestros días la ciencia antropológica, considerada bajo el ángulo de una Zoología Humana, parece indicar, en la evolución psíquica y contemporánea del Hombre, un avance importante. Más aún, una conducta

que lo coloca en un plano *verdaderamente humano*, en el sentido que tal actitud marca dentro del plano biológico. Este plano humano residiría ahora, no en la vieja actitud de empecinamiento en declararse ajeno al mundo animal y sometido a un destino propio (egoísta, sin mayor preocupación por el mundo vivo), sino por el contrario, en haber comprendido y aceptado su condición estrictamente animal, con todo lo que ella encierra de indulgencia para con nuestros propios congéneres, y de comprensión seria hacia el resto del mundo zoológico, en cuanto a compañeros que cumplen un mismo ciclo y destino dentro de la maravillosa aventura de la Materia en los dominios de la Vida. Porque, a fin de cuentas —y esto nadie pretende negarlo— la verdadera dignidad del Hombre reside en el hecho tremendo de ser él EL ÚNICO, DE TODOS LOS ANIMALES VIVIENTES DE ESTE PLANETA (DEBIDO A SU HIPERTROFIA CEREBRAL Y EL CONSIGUIENTE DESARROLLO DE SU PSIQUE), CAPAZ DE HABERSE DADO AL ESTUDIO DE SU PROPIA TRAYECTORIA EN EL TIEMPO, Y A LA COMPRESIÓN DE SU VERDADERA POSICIÓN DENTRO DEL MUNDO VIVO.

III

Procuremos precisar algunos hechos que presidieron a los albores de la Paleo-Antropología, y que nos mostrarán cuanto hemos dicho en relación a los obstáculos y prejuicios que dificultaron el nacimiento y los progresos ulteriores de esta ciencia.

Tenemos, primeramente, el caso del gran Cuvier. Este famoso sabio, a pesar de sus vastos conocimientos y del vigor de su espíritu, no concebía la posibilidad ni admitía que la humanidad pudiera haber sido contemporánea de los grandes animales fósiles del Pleitoceno. Para Cuvier, decir: "hombre fósil" resultaba una herejía científica y una aberración moral. Sin embargo, fue él el Padre de la Anatomía Comparada, ciencia indispensable para los estudios que siguieron en los dominios de la Paleontología. Cuvier tuvo en sus manos algunos cráneos de Cro-Magnon, que le fueron entregados con la indicación de su yacimiento: Pleistoceno Superior, en asociación con especies hoy extinguidas. Pero nada pudo aquello en contra de sus prejuicios. Se negó terminantemente a admitir las edades de los estratos en que estos cráneos fueron hallados. Para él, no podían provenir sino de sepulturas históricas o proto-históricas. Buena sorpresa se habría llevado si, mucho más tarde, hubiera podido asistir al descubrimiento de algunos cráneos Neanderthal provenientes de verdaderas sepulturas, de hechura humana, con cráneos de osos

en torno, lo que indicaba un comienzo de ritual mágico. ¡Y esto ocurría en pleno Musteriense!

Fue solamente en 1809, cuando Lamarck, en su célebre "Philosophie Zoologique" intuyó la posibilidad de que el hombre podía derivar de un ancestro "cuadrúmano".

Cuarenta años más tarde, Charles Darwin consagró definitivamente una idea semejante, pero sin apoyarla sólidamente en la prueba cierta de algún fósil humano válidamente establecido en su complejo asociativo.

No obstante, ya en 1839, Boucher de Pèrthes tuvo la primera confirmación de estas pruebas, hasta entonces empíricas o inexistentes, al hallar en los alrededores de Abbeville algunas piedras que le parecieron intencionalmente trabajadas por el hombre (y que lo eran), en asociación directa con restos de grandes animales fósiles, hoy extinguidos. Casi ningún sabio de su época quiso aceptar esta tesis, salvo algunos ingleses, entre los que se contaba Lyell.

Solamente a fines del siglo XIX aparece la Paleontología Humana como una ciencia en pleno desarrollo y evolución, pero que por esos días se ocultaba todavía bajo el nombre impreciso de Prehistoria. Fue una ciencia eminentemente francesa, nacida bajo el impulso que le dieron Lartet, De Mortillet, Piette, Cartailhac, Capitan, etc. En Inglaterra, sus principales cultivadores fueron: John Evans y Boy Dawkins.

Sin embargo, la Paleontología Humana o Paleo-Antropología, como la denominamos hoy en día, fue obra de Verneau, Testut, Hamy, Martin y Marcellin Boule. A los que les han seguido: Breuil, Vallois, Balout, etc. En otros países: Dubois, Fraipont, Woodward, Davidson Black, Obermaier, Weidenreich, Arambourg, Weinert, Grahmann, Dart, Broom, etc.

Contando desde su nacimiento hasta la época actual, la Antropología General no cuenta todavía con un siglo de existencia...

No ha habido, pues, exageración de nuestra parte al participar nuestra extrañeza ante el hecho que la humanidad haya demostrado hasta épocas tan recientes una completa ausencia de curiosidad en la investigación de sus orígenes y de su condición animal¹.

¹Y no solamente falta de curiosidad, sino, también, una hostilidad manifiesta. Valga como prueba la siguiente "Nota" que aparece en la versión española de la "Historia Universal",

de Walter Goetz, realizada por Manuel García Morente.

En el Tomo I, titulado: "El Despertar de la Humanidad" (Espasa-Calpe. Madrid, 1954), al comienzo

Cabe advertir, no obstante, la dificultad que había para iniciar estos estudios en el pasado, o sospechar siquiera su posibilidad *antes* de que estuvieran maduros los conceptos que hicieron de la Teoría de la Evolución, no solamente una teoría, sino una realidad y un método que, unido a los progresos de la Genética, debía darnos la clave de los cómo y de los por qué de las diversas formas dispares de humanidad, las que a partir de ese momento, y como por una complicidad del destino, comenzaron a surgir por doquier de los suelos de Europa, de Asia y Africa. Tan cierto es que el hombre parece afanarse en vano cuando pretende indagar algo que contraría su prejuicio antropomórfico, desprovista como está su mente del asidero indispensable para reconocer a su ancestro si la casualidad llega a ponérselo delante.

Ahora que el hombre *sabía*, comenzó a *ver*.

IV

Pero no todos los hombres.

En el mundo entero, sea en los países de mayor cultura como en los menos desarrollados, las masas continuaron explicándose estas cosas a través del mito cananeo de la pareja edémica. Aun en nuestros días, los que pretenden a cierta cultura no tardan en salirnos al encuentro con aquello de que: "El Hombre desciende del mono", lo que es otra suprema necesidad. En casi todos existe una actitud indiferente o burlesca en lo que toca a nuestros orígenes. Les parece una cuestión baladí; un problema en que los sabios se afanarían inútilmente, "puesto que el pasado es algo muerto y perdido para siempre". Sin embargo, frente a otras ciencias que, para las gentes representan el futuro (y un futuro útil y aprovechable), su actitud es muy diferente. Parecen

del magnífico Capítulo de FRANZ WEIDENREICH, titulado: *El Advenimiento del Hombre*, encontramos esta increíble advertencia de los editores españoles:

"Este estudio de Weidenreich es sumamente endeble y expone teorías trasnochadas. Hoy nadie cree que el hombre procede de un "mundo animal de antepasados". Las doctrinas evolucionistas de Lamarck, Darwin y Haeckel, han pasado de moda y parece mentira que se adopten todavía

en una obra como la presente".

"Sobre el origen de la vida sólo la Biblia nos proporciona noticias admisibles y todos los atisbos de la Ciencia no hacen más que confirmar la verdad del relato mosaico. Respecto del hombre, el mismo Weidenreich se ve obligado a reconocer que todo habla en favor de su origen unitario".

Emplazo al lector para procurarnos una mejor prueba de lo que venimos sosteniendo. ¡Y esto ocurre en 1954!

no advertir la contradicción flagrante que existe entre esta actitud de progreso que impera en nuestra época y que ha llegado a resultados admirables, y esa ceguera frente a estos conocimientos cuya finalidad apunta al propio destino del hombre y de la humanidad entera.

Consecuencia de ello ha sido que gran parte de las instituciones que el hombre ha creado partiendo de esa falsa imagen antropomórfica, van quedando al margen de la realidad biológica y de la verdad espiritual y moral que deriva de ellas. En otras palabras, la humanidad parece no advertir que las preguntas que ella se ha posado frente a las demás ciencias, y que cree útiles y provechosas, no siempre podrán serlo, ni tendrán respuesta ADECUADA A SUS APLICACIONES, mientras no obtenga de aquella otra ciencia despreciada, cual es la Paleo-Antropología, la respuesta fundamental sobre los orígenes del Hombre y de su verdadera situación dentro del mundo viviente. Un esfuerzo colectivo e internacional, semejante al que se llevó a efecto con el Año Geofísico, y que abarcara una investigación masiva en torno a los orígenes de la especie humana, daría un inmenso empuje a esta ciencia nueva, atrasada como no lo está otra, y cuyo desarrollo se hace sentir con mayor urgencia que la investigación, muy interesante, pero postergable, de los espacios siderales. Vana esperanza (o bien, estaríamos equivocados en todas nuestras teorías), puesto que los cohetes y "satélites" significan guerra y poderío; en cambio, una averiguación como la propuesta, revelaría más y más la condición biológica del Hombre, junto con la ruina de todas las doctrinas políticas, gracias a las cuales se sostienen casi todos los gobiernos y opresiones de nuestro mundo actual.

Tememos mucho que así ocurra, a pesar del inmenso interés y progreso que estas investigaciones acarrearían para lo propiamente "nuestro". Porque, sea en lo tocante a nuestras instituciones e inquietudes morales y religiosas; sea en jurisprudencia o en política; en medicina y criminología; en filosofía o en las ciencias sociales y económicas; sea en genética, aplicada al mejoramiento de la especie; sea en pedagogía y en técnica general (que nos convendría encauzar en determinado sentido, no atentatorio a nuestro porvenir como especie); sea en psicología, sobre todo, el hombre actual parece andar a ciegas y abiertamente errado, debido a aquella ignorancia de lo que él es y de lo que podría llegar a ser, dentro del marco relativamente amplio "de lo que nunca podrá llegar a ser jamás". Lo decimos, no por un agnosticismo fuera de lugar o un derrotismo ante los progresos futuros de la Ciencia, sino atendiendo a algunas experiencias presentes y a la conocida y vieja soberbia del Hombre, que parece impulsarlo (ayudado por la ignorancia

de sus verdaderos orígenes) más allá de las posibilidades biológicas y de sus soluciones prudentes y aconsejables.

En este orden de ideas, hasta las propias universidades parecen no estar muy seguras del lugar que correspondería a las Ciencias Antropológicas dentro de las disciplinas humanísticas. Muchos centros docentes excluyen la enseñanza de la Paleo-Antropología. Otros la colocan en las Facultades de Filosofía, de Educación, o entre las Ciencias Sociales. La Antropología General —es preciso que lo adviertan— no es tanto una ciencia en sí como una suerte de encrucijada donde se dan cita las ciencias más diversas: las biológicas y las físico-químicas; la Historia y la Psicología; la Geología, la Paleontología Animal y Vegetal, la Geocronología, etc.

Extraña cosa habría sido si en tal torbellino de desorientación no se hubiera producido la dualidad que estamos comprobando en cada actitud de nuestro mundo contemporáneo. Vivimos una época difícil y contradictoria de la humanidad, donde caminan parejas, sin estorbarse al parecer, la fisión del átomo con sus terribles consecuencias, y la adoración rendida a un hombre-dios, nacido hace apenas dos mil años en el Próximo Oriente. Donde no se ve obstáculo para la conquista de los espacios siderales, por una parte, y para la conquista de la Vida Eterna, por otra, valiéndose de gris-gris, medallas, escapularios y otros amuletos sagrados. Donde cada ceremonia religiosa de una de las religiones imperantes está basada en una teofagia simbólica y una antropofagia nada simbólica, aunque no sea real. Restos, ambos, de viejos ritos que remontan a las épocas glaciales. En que pretendemos curar con todas las artes de la Psiquiatría, ignorando el verdadero significado de la conciencia mórbida, y donde esta última presenta (sin que a nadie escandalice) las anomalías que hemos venido enumerando. Pues en la mente normal (y qué decir en la patológica), muchos trastornos derivan de la mayor o menor sujeción de los hombres a sus prejuicios prelógicos, a sus mitos neolíticos o paleolíticos que aún imperan, sustentados por una filosofía "documentalmente delirante", o por religiones basadas en viejos tabús sacros y en tótem cananeos, rancios de cuatro mil años. Que lo diga la "ignorancia invencible" que sobre asuntos sexuales dan prueba la mayoría de los médicos, jueces y juristas. Nadie parece entender que una Psiquiatría que se desentiende del "proceso de cerebración" que ha venido iniciándose en los Primates desde las profundidades del Terciario, y que ha culminado en la posición antinatural a que se ha visto abocado el hombre en la actualidad, carece de la base principal para interpretar los trastornos de la mente humana

frente a una realidad *ya falseada desde mucho tiempo por tal estado de cosas.*

Insistimos en los aspectos psicológico y psiquiátrico, porque éstos parecen ser los que mejor cuadran con esta dualidad del hombre actual y con la impresión de delirio colectivo que ofrece la sociedad humana en el período en que escribimos estas líneas. Sobre todo, por ser el trastorno mental algo propio del Hombre y de las formas de vida que éste se ha impuesto dentro de su Segunda Naturaleza, lo que no ocurre en el animal, sumergido como está dentro de la Gran Natura, común a todos los seres vivos.

V

Pero hay motivos de otra índole, no ya sociales, sino psicológicos, que explican el atraso que se produjo en la aparición de la Paleo-Antropología, y la consiguiente proliferación de las ideas antropomórficas. En primer término, una modalidad que es inherente al estado actual de la evolución psíquica de la humanidad: su adaptación incompleta al plano temporal, al problema del tiempo.

El hombre es un animal visual; un animal que ha construido sus percepciones y sus conceptos sobre el plano espacial. El reloj es el ejemplo típico de esta limitación, ya que en él medimos el tiempo por el desplazamiento de las agujas sobre la esfera; método derivado directamente de un concepto espacial, y en modo alguno, temporal.

Esta incapacidad tiene otros alcances que hacen difícil, para el hombre, desligarse del yugo de sus percepciones acostumbradas. Sobre todo en lo concerniente a la imagen morfológica que se ha construido de su propia especie. Constreñido a una existencia vital que resulta en extremo breve si la comparamos con las inmensas extensiones temporales que la evolución proyecta en el friso del Pleistoceno y del Plioceno, el hombre distingue malamente el carácter cambiante de las formas vivas. Ni el propio testimonio de los fósiles basta para aclararle esta visión, ya que un fósil representa una forma ya fijada en el tiempo, que el hombre, inconscientemente, pretende equiparar con las formas vivientes actuales. Con lo que a su vez tiende a aplicar a estas últimas una fijación, que puede ser muy real y efectiva para su percepción en el breve lapso de su época existencial, pero que tiene un sentido muy diferente si observamos lo vivo dentro del cuadro temporal de las inmensas edades geológicas. Así, un perro, un caballo, un elefante, son formas precisas dentro de esta instantánea visión que de ellos tiene el hombre.

Y es atendiendo a esta visión suya y transitoria que él los reviste de caracteres y de una morfología-tipo que le sirven de punto de partida para construir los conceptos con que habrá de juzgar el pasado de estas especies. Pero un perro, un caballo, un elefante, han sido muchas cosas en su pasado evolutivo y remoto, y aquello que el hombre actual *denomina* "perro", "caballo", "elefante", no es sino una imagen fugaz, captada dentro del breve instante de su ser. Si el hombre, con su imagen y su concepto actuales de estas especies, le fuera dado trasladarse al Oligoceno inferior, malamente podría reconocer esa etiqueta morfológica y verbal que imprudentemente colocó sobre "el equivalente de estas formas", dentro de su contemporaneidad presente.

Otro tanto le ocurre con la evolución de su propia especie. Por esto pensamos que las mayores dificultades interpretativas en el estudio de la evolución del Hombre, residen en esta incapacidad suya para "concienciar" el tiempo. El toma *como objeto de su búsqueda en el pasado al concepto actual que se ha formado sobre el Hombre*, con todos los atributos y modalidades que, en su percepción acostumbrada, considera indispensables para distinguir aquello que sería hombre, de aquello que no lo es ni podría serlo. Como dijo William Howells con gran penetración: "Si hubiéramos estado ahí cuando por fin apareció el hombre, ¿cómo habríamos hecho para reconocerlo?".

Continuamente leemos en los tratados de Paleontología Humana, esta frase: "Cuando aparece el hombre", y no entendemos muy bien lo que se quiere significar con ello. Como si en este acto de "aparecer" no hubiera habido nada *antes*, y como si las formas que lo precedieron hubieran sido meros animales hasta que, súbitamente, éstos se transformaron (¿No se habla de: Transformismo?) en formas humanas, con "caracteres" *humanos*. Ahora bien, estos pretendidos *caracteres* son precisamente aquellos que el hombre no puede ni sabe desligar de su percepción acostumbrada actual. Y como no concibe al *Homo* sin ellos, tiende a retrotraerlos al pasado, tratando de fijar el momento o época en que éstos le parecen evidenciables. Es una posición tan absurda como la de pretender fijar el momento en que un chimpancé pudo llamarse, en propiedad: Chimpancé.

Nuestro concepto del Hombre reviste en la actualidad dos aspectos. Por una parte estamos encuadrados dentro de una definición física, anatómica: la morfología humana, en ausencia de la cual —como hemos dicho— vacilaríamos mucho antes de aplicar la etiqueta-hombre a un ser viviente que no pareciera poseerla ya. Por otra parte estamos limitados por una definición

psíquica del Homo Sapiens, por oposición a los caracteres mentales del resto del mundo animal. De la sorpresa y autoadmiración causada por estos desniveles salieron los mitos y las explicaciones trascendentes en torno al origen especial y "divino" del Hombre, como de un ser segmentado del mundo viviente y llamado a altos destinos, ajenos a los del mundo zoológico.

Por esto, si se diera el caso de que el famoso "Yeti", o "Abominable Hombre de las Nieves", fuera una realidad, y que éste resultara ser una suerte de gran antropoide-homínido; un Antropiense de la *filae* del Pitecanthropo y sus formas gigantes (Atlantropus mauritánicos, por ejemplo), surgirían nuevamente las interminables y estériles discusiones sobre si aquel ser sería o no un Hombre.

Fue una suerte para la Ciencia, en cierto sentido, que el *Pitecanthropus erectus*, de Java, sólo se le encontrara en su forma ósea. Porque de haberse topado Dubois con el bicho vivo, ni con todos los argumentos de la Paleontología, de la Psicología y de la Biología evolutiva, habría podido convencer a sus contemporáneos de que ahí había un Hombre.

Es la misma ridícula disputa que, desde hace años, se ha entablado en torno a los Australopitécidos. Con una diferencia: que en este último caso, a pesar de que todos los sabios están de acuerdo en que ahí no habría sino un Simio con algunos caracteres humanos (que provendría —se piensa— de una *filae* extraña de aquella que condujo hasta el Homo Sapiens), verían, no obstante, con sorpresa y consternación, que cualquier Australopitécido parecería "mucho más humano" que el Pitecanthropo (que ya fue considerado "hombre"), si se le encontrara vivo y vagando por las canteras y colinas de Sterkfontein.

VI

No debemos caer en lo mismo que estamos criticando.

De lo que hemos expuesto parece desprenderse el olvido de un hecho de primera magnitud: el que por primera vez en la historia del mundo viviente, un animal obtiene, por el curioso proceso evolutivo de su cerebración progresiva, el fenómeno psicológico de la Introspección, y con él, la posibilidad de la pregunta: "Quién soy y a dónde voy". Los primeros pasos y las primeras respuestas provocadas por esta inquietud tenían que ser, necesariamente, antropomórficos y antropocéntricos; o sea, la interrogación ansiosa de un ser que no podía concebirse sino como un caso aislado, centro a la vez que culminación de la escala viviente. ¿No observamos otro tanto en la evo-

lución de la adolescencia humana, cuando el púber va descubriendo en su cuerpo y en su mente procesos extraños, nunca observados en su experiencia anterior, y que lógicamente juzga únicos, exclusivos, propios de su incipiente "yo", puesto que en ningún otro se habrían dado antes de él?

La tendencia general de los estudios antropológicos y del sentir general de la humanidad, en base a animalizar al hombre, por una parte; de humanizar al animal, por otra; o, lo que es más corriente, de divinizar la condición humana, han sido la consecuencia directa de tal clima psicológico. Su consecuencia lógica.

Y no se crea que empleamos esta palabra al azar. Porque mal antropólogo y peor biólogo habría sido aquel que hubiera carecido de la elemental agudeza para no descubrir en el hombre muchas características especiales y jamás observadas en el resto de los animales.

No obstante, si logramos poner en juego aquel método mental que nos hemos dado en llamar: "la Mirada Nueva", y si por medio de él nos esforzamos en quebrar aquel yugo de "la percepción acostumbrada", no tardaremos en advertir que casi todas las especies animales son, también, *muy especiales* en relación a las demás (y, en cierto aspecto, únicas). Al cabo, no se dan los "radares acústicos", sino en los Quirópteros; ni las antenas captadoras de misteriosas ondas, sino en los Lepidópteros; ni conocemos otro Mamífero provisto de un órgano de tal finura olfativa y táctil —ya que parece "vidente"— como la trompa de los Proboscidios. Nuestro caso humano, y las posibilidades que han derivado de nuestra especialización cerebral y psíquica, no parecen significar, ni más ni menos, que las especializaciones ya enumeradas.

Sobre todo —y para quien parezca exagerada y hasta abusiva nuestra observación— debemos tener muy presente un hecho importantísimo, en el cual ni los biólogos ni los psicólogos reparan bastante. Y es éste: que aquellas modalidades y caracteres que constituyen "lo propio del Hombre", y que son, naturalmente, de naturaleza psíquica y cultural, SÓLO SIRVEN PARA EL HOMBRE. Es algo que se gesta en él, por él, y para él. Los avances, progresos y especializaciones de los demás organismos vivos se ejercieron y se ejercen dentro y sobre la Naturaleza en grande, y es en este aspecto, precisamente, que presentan un sello común e inteligible. Lo "propio nuestro" carece de sentido dentro del mundo natural (por algo se lo ha denominado *Segunda Naturaleza*); dentro de aquella Naturaleza que fue el común denominador ambiental de todo el mundo zoológico, *incluyendo al hombre primitivo*. Un puente, un avión, un radio, una Cantata de Bach, no representan absoluta-

mente nada dentro de la Naturaleza exterior; ni un progreso ni un retroceso. Son manifestaciones que le resultan ajenas, o que Ella ha resuelto por otras vías. Lo nuestro resulta una simple demencia para cualquier ser vivo, excepto el Hombre mismo.

Existe un relativo acuerdo entre los tratadistas para suponer que las aplicaciones de nuestra especialización cerebral, que se manifestaron ya en el Homínido y, quizás, hasta en el Antropiense, fueron el producto más o menos involuntario (diremos, mejor: el gatillo que puso en movimiento "lo que ya estaba listo para funcionar") de esa Segunda Naturaleza, que se fue desarrollando en ellos a objeto de paliar las dificultades (el pensamiento surge donde aparece el obstáculo) que les iban oponiendo las glaciaciones sucesivas.

Sabemos cómo aquella fauna contemporánea del hombre glacial procuró defenderse también; pero por medios internos; por transformaciones que luego se fueron fijando en las especies por vía genética, de increíble lentitud. Pero los progresos del frío fueron mayor y más rápidos que los procesos de fijación de los caracteres adquiridos. De ahí la desaparición de muchas especies diluvianas, tales com el Mamouth, el Rinoceronte peludo y el Gran Oso de las cavernas.

El Hombre necesitó de un procedimiento más rápido para no perecer; una solución por vía psíquica y fabril que resolviera sus dificultades por un procedimiento exterior, y no por la lenta vía interna del plasma germinal, incapaz de modificar en carácter de urgencia las deficiencias de un cuerpo desnudo, inerme, insuficiente en potencia, y no especializado en otro sentido como no fuera aquél de su cerebración y de las infinitas posibilidades que tal mecanismo podía aportarle.

VII

Estamos dispuestos a reconocer, con los trascendentalistas y hombres de religión, que tal mecanismo de Natura, "pro-salvación del Hombre" resulta poco habitual. Pero ocurre que los investigadores están dándose cuenta, sólo ahora, que en la Naturaleza se han dado ya muchos casos "poco habituales", ya que todo cambio es único (¡Qué le vamos a hacer!) cuando aparece por primera vez sobre la tierra... ¿Qué todo el mundo viviente está henchido de misterio? Lo sabemos. Y no sólo para el Hombre. La Creación entera aparece a la manera de un puro milagro, y es posible que la explicación última de ella, en lo tocante a orígenes y fines, permanezca siempre al margen del conocimiento humano. Sobre todo si el hombre rechaza de plano la intervención

de otras fuerzas, ajenas a la Materia, que lo sobrepasan en la infinita distancia que media entre el Creador y lo creado.

Y es atendiendo precisamente a nuestra pequeñez ante la magnitud de la tarea y la exigüidad de los medios, que estamos llanos a aceptar, en principio, que tal proceso psicobiológico supone, para su estudio, de ciertas precauciones y de una técnica que no se sobreponen exactamente a las que suele emplear la Zoología general.

A pesar de todo, tenemos que reconocer simultáneamente que las técnicas habituales y los conceptos manidos que presiden buena parte de las orientaciones antropológicas —y de las que, en este Capítulo, hemos hecho una revisión sumaria—, nos llevan preferentemente hacia una vaga filosofía y una metafísica estéril, y no hacia una ciencia positiva y verdaderamente científica. Por esto pensamos que será indispensable la creación de una disciplina zoológico-psíquica (que nos hemos dado en llamar Psico-Antropología) para que ella figure a la manera de una ciencia básica en los estudios del Hombre. Una disciplina que tendrá por objeto, tanto al Hombre como al Animal, si hemos de ser consecuentes con nuestros principios.

Las divergencias ideológicas y metodológicas que manifiestan los estudios consagrados al Hombre, y los que tienen por objeto al resto del mundo viviente, tienen su origen, sobre todo, en que ignoramos, en verdad, qué es el Hombre, a la par que no comprendemos (por razones obvias) lo que verdaderamente significa el Animal. Este divorcio ha venido gestándose principalmente por la sensible actitud de los estudiosos (Otro antropomorfismo más) en su empeño para llevar a efecto sus investigaciones *en términos comparativos de oposición entre el animal y el hombre*. Exigiéndole al primero, y fijándole como criterio de valoración y de “progreso” la presencia o la ausencia de ciertas modalidades que sólo se dan en el Hombre, y que ningún sentido ni utilidad podrían tener en el Animal. Sabemos que “evolución” no significa necesariamente *progreso, sino cambio*, y que muchos cambios han sido desfavorables para las especies. Lo que interesa es que el cambio, cuando éste se produce, se compadezca con la situación ambiental a la que es preciso vencer. Interpretar la ausencia del lenguaje en los Antropoides —valga el ejemplo— como un signo de *inferioridad evolutiva*, resulta tan absurdo como reprochar al águila de no saber pilotear un avión. No olvidemos que los Antropoides lograron cruzar las cuatro glaciaciones (in situ, o por fuga a climas más templados) y llegar hasta nuestros días desde las profundidades del Terciario, con sus tres especies: Pongo, Pan y Chimpancé. En tanto que el Hombre, a pesar de su superioridad, dejó la larga caravana de sus Homíni-

dos sepultada a lo largo del camino. Ya dijimos que los progresos del Hombre (biológicamente hablando) son, en cierta medida, ilusorios, pues sólo valen para él y *para el marco ambiental que él mismo se creó*. Y para que no se vea una contradicción inexistente entre lo dicho más atrás sobre las soluciones "exteriores y rápidas" del Hombre, y las soluciones "internas, genéticas y lentas" del Animal, como factor de triunfo en la emergencia glacial, diremos que, en nuestra modesta opinión, gran parte de los "valores" humanos, incluyendo al lenguaje articulado y conceptual, SÓLO REPRESENTAN COMPENSACIONES BIOLÓGICAS A MANIFIESTAS CARENCIAS, QUE HICIERON DEL HOMBRE UNA SUERTE DEL SORDOMUDO DE LA NATURALEZA EN SU PROCESO DE DESARROLLO DEL CEREBRO SUPERIOR, REALIZADO A COSTA DE SU ARQUIENCÉFALO Y DE LAS FUNCIONES QUE, EN EL RESTO DE LOS MAMÍFEROS, ESTÁN ENCOMENDADAS A ESA ZONA.

Como sea, el estudio futuro del animal vendrá a probarnos hasta qué punto éste es esencial para la comprensión del fenómeno humano. Según nuestra modesta opinión, está abierta la Era de la Psicología Comparada, en que las investigaciones sobre la psique infantil, sobre la psique anormal (verdadera disección de la mente sana), sobre la psicología del primitivo y, principalmente, sobre aquella del animal, traerán aparejadas una comprensión mucho mayor de los orígenes de nuestra vida psíquica y de lo que el Hombre es, en sí. No en el sentido de pretender animalizar a la humanidad, como dijimos más atrás, y menos de "humanizar" al animal (no lo necesita), sino de enfocar ambos dentro de lo que nunca dejaron de ser todos: organismos vivientes, productos de la Naturaleza, que se mueven penosamente dentro de sus diversos habitat, siendo aquel del Hombre un habitat desconocido hasta ahora en la Naturaleza "normal": el habitat psíquico o Segunda Naturaleza, que el Hombre mismo creó y ante el cual se ve enfrentado ahora, le plazca o no le plazca; un habitat "espiritual", de relaciones psicológicas y razonamientos inteligibles. Por otra parte, un habitat físico, formado por sus técnicas, sus precauciones para subsistir, sus adaptaciones corporales y biológicas artificiales, su simbología económica y su plano moral. Hemos llamado todo esto su "habitat físico", puesto que todo se traduce por acción y acción mecánica. Pero habríamos hecho mejor en llamarlo psico-físico, ya que cada creación material de su técnica es una materialización de su pensamiento, y cada objeto de éstos es un "objeto intelectual", ignorado por la Naturaleza antes de la venida del Hombre.

VIII

Curioso resulta observar cómo algunas modalidades denominadas, por costumbre, humanas, parecen revestir dos sentidos opuestos y hasta contradictorios, en los que no se repara bastante, pero que han tenido la virtud de sumir en la perplejidad al autor de estas líneas.

Por otra parte, "lo humano" ha sido considerado sinónimo de: piadoso, consciente, comprensivo, afectuoso ("Él es *tan humano*"). Tal es el sentido apropiado, también, cuando nos referimos al "humanitarismo". El Diccionario de la Real Academia nos da, para "Humano" (2ª aceps.): "Que se compadece de las desgracias de sus semejantes". El Diccionario Analógico Larousse, en "Humano", dice: "Ver: Hombre; Bueno".

Como sea, nadie pretenderá negar que la contraria de humano es inhumano, sinónimo de inconsciencia, crueldad, brutalidad, falta de afectividad, etc. Como si lo propio del Hombre fuera su bondad, y como si lo característico de lo no-humano estuviera representado por las actitudes de los animales, o sea, la conducta propia del resto del mundo zoológico. En el Lalande, encontramos: *Humanidad* (aceps. B): "Conjunto de caracteres que constituyen la diferencia específica de la especie humana en relación con las especies vecinas".

De más estará insistir en el franco antropomorfismo que estos conceptos representan, ya que no conocemos ningún animal capaz de llegar a los extremos de bajeza y perversión de que da pruebas el Hombre, el cual está lejos de monopolizar la bondad. Si bien reconocemos que es el único en poseer aquella condición, *válida sólo para él*, que llamamos la Virtud: posibilidad de bien consciente, esforzado y perseverante. Suerte de reconocimiento tácito de que la parte animal del Hombre es de una naturaleza negativa, muy diversa de lo que, en el animal, es su conducta habitual y zoológica. Aceptación nacida de una sorpresa del hombre mismo, al comprobar cuánto difiere la conducta de sus prójimos de aquella que observó en su larga convivencia con sus animales domésticos. Pero ocurre que el Hombre no tiene en torno suyo ningún primate doméstico, por lo que ha identificado el "carácter animal" con aquel que le exhiben sus gatos, perros, vacunos, caballares, porcinos y caprinos. Si existieran Simios domesticados en contacto continuo con el Hombre, éste habría dado un giro muy diverso a sus ideas sobre el Mal, ya que aquellas conductas negativas que la humanidad deplora, *son las propias de la mentalidad primate*, en los cuales no reviste perversidad mayor,

debido, naturalmente, a la menor capacidad psíquica de estos últimos, pero que dan una pauta clara de aquello que el hombre, con sorpresa tardía, descubre en su propio ser: su desequilibrio mental entre lo que él ha llamado el Mal y el Bien. Otros dos términos sin sentido alguno en el mundo natural.

Y tan sugestiva resulta esta contradicción, que una de las pruebas científicas y psicológicas empleadas como criterio para juzgar la calidad humana de un Antropiense, tal como el *Sinanthropus*, y establecer si él fue humano o no, deriva, precisamente, del hecho de su conducta caníbal, inexistente en el resto de los Primates Antropoides, ya que esta conducta es: "propia de la especie humana" (Weidenreich).

¿Cómo conciliar semejante oscilación entre lo mejor y lo peor? ¿Existe esta oscilación en el Hombre, o esta acentuación sobre lo bueno y lo malo ha partido del optimismo o pesimismo de los autores, que tan pronto han puesto el acento en lo uno como en lo otro?

No lo pensamos así. Creemos que las dos posiciones apuntan a la verdad y que ambas tienen su razón de ser. Hay hombres, no diré inclinados al bien y al mal, sino que manifiestan conductas totalmente diversas, dentro del concepto que nos hemos formado sobre *lo humano*. Hay hombres en quienes las características de la dignidad humana son evidentes; otros, en que éstas no aparecen con facilidad o que, simplemente, casi faltan del todo.

Mirado desde otro ángulo: las características humanas HAN SIDO APLICADAS AL CONJUNTO DE LOS HOMBRES, por comodidad de expresión y de exposición, pero ellas no pasan de ser una generalización antropomórfica que está lejos de poder ser aplicada A TODOS LOS HOMBRES. El carácter que hemos llamado *humano*, y sus características no sólo morales sino también intelectuales (y no sólo cuantitativas sino cualitativas) *son el atributo, solamente, de un grupo impresionantemente reducido*. La mayoría de los hombres se limita a nutrirse, moral e intelectualmente (sea por asimilación parcial o por imitación global), de lo que les entregan las élites de cara grupo humano, o del total de la humanidad.

En la obra: "You and Heredity", de Amram Scheinfeld, en su capítulo "Raza", apunta este autor: "Con demasiada frecuencia un pueblo entero se juzga por unos pocos miembros bien dotados del mismo, que no pueden reflejar de ningún modo la capacidad del conjunto de las masas. *Las diferencias entre los individuos del mismo grupo étnico (subrayamos nosotros) son mucho mayores que la diferencia media entre dos razas o pueblos cualesquiera*. Cuando decimos que un pueblo es superior a otro, nos referimos generalmente

a unos pocos individuos sobresalientes. La idea, natural, de atribuir a las masas las proezas de unos pocos, nos transporta a las eras en que el campeón de una tribu era escogido para luchar con el campeón de otra tribu. Las cualidades de cada uno de los grupos se suponía que se habían transfundido en su representante, y el triunfo del "campeón" probaba la superioridad de sus compatriotas".

Siguiendo un orden de ideas inverso, pero no opuesto, Emmanuel Mounier, en su "Traité du Caractère", al referirse a los caracteres-tipos, comunes a un grupo humano determinado, apunta: "*Nous ne sommes typiques que dans la mesure où nous manquons à être pleinement personnels*", con lo que nos muestra, una vez más, pero bajo otro ángulo, este carácter específico humano: la persona, por oposición a la gran masa divergente, indistinta, y opuesta a esta característica propiamente humana.

Se ha querido ver en este hecho una polarización de la riqueza y de sus naturales derivaciones económicas: la falta de oportunidades de ciertos sectores importantes de la sociedad para educarse y gozar de las ventajas que la instrucción confiere a los hijos de las familias acaudaladas o, simplemente, pudientes.

La observación serena y desprejuiciada muestra, no obstante, que tal fenómeno negativo se da, tanto en las clases acomodadas como en las populares, y que no hay raza ni pueblo que no exhiba ejemplos de lo uno y de lo otro.

Este hecho importantísimo, que por su misma simplicidad aparente y su obviedad, no ha despertado mayormente la atención de los antropólogos, ha sido considerado, no en el sentido que aquí proponemos, sino como un producto de las étnicas, y de la mayor o menor complejidad social de sus instituciones, hecho que habría repercutido sobre la calidad intelectual y moral de sus componentes. No nos dicen de qué modo, ni por qué en algunos individuos, solamente. Tampoco nos explican por qué ciertos pueblos poco desarrollados pueden exhibir algunos individuos de mente superior, en tanto que otros, de organización más compleja y "civilizada" muestran un número semejante de ejemplares de élite. Para el total, queda también en pie la pregunta: ¿por qué ciertos pueblos lograron esa superior estructura social, de preferencia a otros, no estando siempre en causa —como podía ocurrir— el medio físico y climático, o las facilidades económicas naturales para un desarrollo mayor o menor?

La Antropología y la Psicología —debemos reconocerlo— se hallan todavía en la etapa primerísima de las ciencias, o sea, en su fase enumerativa, clasificadora y descriptiva. Las grandes síntesis, las teorías que comprenden grupos

de hechos y los sitúan en un encadenamiento lógico, fructificando en conclusiones y consecuencias de toda índole, no han hecho todavía su aparición en estos dominios. Salvo (para el caso de la Paleontología Humana) las teorías de Lamarck y Darwin; y para la Psicología, las de Freud. Es cierto que hay numerosas subteorías que engloban algunos hechos y los aglutinan en torno de un núcleo interpretativo. Pero no hay ninguna capaz de enjendrar corrientes ideológicas que los arrastre a todos, dando a cada uno el lugar que les corresponde, y tornando parlante el mensaje mudo que originalmente traían. Lo que ocurre, por ejemplo, para las grandes teorías, llámense éstas: de la Relatividad, de los Cuántas, de la Evolución, o de la Gravitación Universal.

La Psicología actual, a pesar de sus evidentes progresos, es una suerte de Alquimia, basada en hechos dispares, inconexos, y sometidos a una clasificación exterior, que se dispone por sí misma, de acuerdo con el ángulo de visión con que el psicólogo considera un problema. Lo esencial, lo básico, es ignorado todavía por esta ciencia, y nada nos dice, por ejemplo, sobre la naturaleza del influjo nervioso, ni sobre el mecanismo íntimo del pensamiento en relación con su substrato orgánico: la célula nerviosa; se le escapa también el significado de la conciencia psicológica, y, en general, está en las peores condiciones en cuanto "fisiología especializada en un sistema", *puesto que ignora las relaciones entre la función y el órgano.*

La Antropología, por su lado, está afectada también en su motivo fundamental, ya que por él existe: El Hombre. Y esto, PORQUE "EL HOMBRE" DE LA ANTROPOLOGÍA SIGUE SIENDO CONSIDERADO CON TODOS SUS CARACTERES ANTROPOMÓRFICOS, Y DENTRO DE UN CLIMA DE IDEAS QUE LO IDENTIFICAN CON EL HOMBRE DE TODOS LOS TIEMPOS; Y LO SEPARA, TAMBIÉN, POR OPOSICIÓN DE LOS CARACTERES QUE CREE DESCUBRIR EN EL ANIMAL. En este aspecto, no sólo la Antropología, sino también la Filosofía entera, la Medicina, la Religión, las Leyes y las Instituciones de toda índole, continúan rindiendo tributo a un monstruoso antropomorfismo, cual es el de nuestra visión *actual* del Hombre. Y es por esto que, en ningún momento, la Antropología ha sospechado siquiera (y menos desea abocarse) a la realidad de que LA ESPECIE HUMANA ES FRANCAMENTE HETEROGÉNEA, NO YA EN LO SOMÁTICO SINO EN LO PSÍQUICO.

Como escribió Dilthey: "La verdad científica es siempre una verdad construida. En las ciencias propiamente dichas no se trata tanto de describir el Universo como de reconstruirlo de manera inteligible, conforme a las exigencias del espíritu."

Nuestro pensamiento actual en lo referente al Hombre es de la más pura esencia antropomórfica; acorde hasta cierto punto con las exigencias inme-

diatas de nuestro espíritu (*“les données immédiates de la conscience”*), pero en manera alguna inteligible ni aceptable para el pensamiento científico.

IX

En esta incapacidad nuestra para comprender el vasto problema del Tiempo, nos hemos ocupado del Hombre siguiendo un concepto actual, estático, definitivo. Hablamos de Evolución, pero ocurre que siempre la referimos al pasado, donde se proyecta mejor. Nunca nos preguntamos tampoco cómo ocurrieron los hechos durante esos períodos larguísimos, en los cuales se estaba produciendo aquello que con nuestra perspectiva limitada llamamos: *“una mutación brusca”*. Nadie se pregunta si el hombre actual —como todo parece indicarlo— está todavía dentro de un período mutacional (digo, en cuanto especie), así como cronológicamente está todavía dentro de un período interglacial.

Aquel período mutacional no debió producirse más allá de los 50.000 años, y es él el que nos mantiene en la actualidad en una situación de tránsito entre lo que fue y lo que todavía no es. Como en el Musteriense superior, estamos conviviendo con seres heterogéneos, donde alternan Mutantes con No-Mutantes (recordemos la familia híbrida de Monte-Carmelo); donde todos somos ahora de la misma especie *Sapiens*, en los caracteres físicos, PERO DONDE LOS CARACTERES PSÍQUICOS (y, por ende, orgánicos y endógenos) ESTÁN EN VÍA DE CONSOLIDACIÓN DESPUÉS DE UNA MUTACIÓN OCURRIDA “RECIÉN”, EN UN REMOTO PROXIMO.

Porque otra anomalía frecuente en el proceder de los antropólogos es ésta: de limitar la Evolución a lo que revelan los caracteres físicos, somáticos, del individuo o de la especie, eligiendo de preferencia los caracteres exteriores. O los internos, pero limitados al sistema óseo, que es el más lento en acusar un cambio genético (Como no sea en la modificación de la estatura, lo que ya no representa tanto un carácter como una modalidad que puede reconocer orígenes muy diversos.—*Biologie des Races Humaines*.—J. Millot).

En cambio, el cerebro y el resto del sistema nervioso, génesis y base de la característica evolutiva de los Primates en su proceso de cerebración progresiva (*“progresiva”*, entendámoslo bien), ha sido descuidado. Sobre todo en su función: *la conducta y el pensamiento humanos como manifestaciones evolutivas*.

Es verdad que debido a la predominancia de las investigaciones paleontológicas, estos estudios debieron limitarse, necesariamente, al esqueleto. Tam-

bién es cierto que los antropólogos nunca descuidaron de poner el acento en la menor o mayor capacidad creaneana de Antropienses, Homínidos y Pre-Sapiens. Pero una vez comprobada la capacidad creana del Hombre actual, que oscila en una media más o menos estable, nadie ha seguido preguntándose si la evolución del cerebro continúa, y si algunas de sus manifestaciones psíquicas *independientes del peso o volumen del órgano* —que se hacen presentes en unos individuos, y en otros no—, podrían ser quizás el mejor indicio de una evolución en marcha dentro de la plena contemporaneidad de nuestra humanidad presente.

Parece exagerado y sin fundamento enunciar siquiera estas posibilidades en un estudio que pretende ser considerado dentro del plano científico. Sabemos que los individuos no son todos iguales, y que la herencia y sus mecanismos establecen una mayor inteligencia para unos que para otros (No se ha probado). Pero en nuestra hipótesis, no se trata de un mayor o menor desarrollo intelectual, que sabemos irregular en todas las especies domesticadas (el hombre entre ellas), y variable entre los individuos que las componen. Aquí se trata de otra cosa: DE INDIVIDUOS ESTRUCTURADOS DIVERSAMENTE EN SU PENSAMIENTO Y EN SU CONDUCTA; SE TRATA DE PUEBLOS ENTEROS QUE EN EL PASADO SÓLO LOGRARON AVANZAR POR VÍA DE PRÉSTAMO CULTURAL; SE TRATA DE LA PRESENCIA DE CARACTERES PROPIAMENTE HUMANOS EN LA MENTE DE ALGUNOS, QUE NO APARECEN EN LA DE OTROS; SE TRATA NADA MENOS QUE DE LA HETEROGENEIDAD PSÍQUICA DE LA ESPECIE HUMANA.

Si el lector disiente de estas afirmaciones, que en este primer contacto aparecen todavía huérfanas de toda prueba, estará por lo menos de acuerdo con nosotros en el hecho que, hasta ahora, el estudio de los caracteres evolutivos del Hombre *apunta solamente a sus manifestaciones somáticas*. Particularidades sobre todo anatómicas, y por añadidura, externas (Salvo algunos estudios sobre la longitud del intestino en diversas "Razas", y sobre ciertos anexos, tales como el Apéndice vermicular).

Ahora bien, si las mutaciones, siendo como son de origen genético, afectan al exterior de un ser viviente, *habrán de manifestarse también en los órganos internos, incluyendo entre éstos al encéfalo, no tanto en su anatomía macroscópica, como en su imponderable estructura citológica y bioquímica, con las manifestaciones funcionales consiguientes*.

Por esto pensamos que una mutación psíquica es algo muy posible, y en manera alguna aventurado; algo que necesariamente debió de ocurrir en el pasado de la especie; sobre todo en los Primates, cuya característica evolutiva —lo hemos dicho tantas veces— ES SOBRE TODO DE ÍNDOLE ENCEFÁLICA.

X

Este hecho revestiría, tanto en Antropología como en Sociología, una importancia extraordinaria. Por una razón muy especial, a la cual no nos hemos referido todavía: Las mutaciones somáticas ordinarias, cuando se producen, *afectan al individuo mismo y a su plasma germinal*; EN NADA INFLUYEN EN LOS DEMÁS INDIVIDUOS NO-MUTANTES.

En las mutaciones psíquicas humanas, en cambio (y sin perjuicio de una posible transmisión genética), SE PRODUCE UNA ACCIÓN "INFECTANTE" SOBRE LOS DEMÁS INDIVIDUOS NO-MUTANTES, DEBIDO AL LENGUAJE. Este hecho, que no pasaría de ser un mero factor de influencia transitoria, PASA A ADQUIRIR UN CARÁCTER PERMANENTE EN EL TIEMPO, DEBIDO A LA TRANSMISIÓN ORAL Y LA TRADICIÓN, con que el Hombre "reinventa" sus experiencias en sus hijos.

De donde deriva una situación totalmente nueva y no contemplada en el resto de los seres vivos: la de un carácter —representado por una conducta, "idea", o proceder— QUE NO RADICA EN LA ESENCIA GENÉTICA DEL INDIVIDUO, ni forma parte de su íntima individualidad, sino que le llega por la vía de préstamo de la tradición verbal o escrita, CREÁNDOLE ASÍ UNA DUALIDAD ENTRE LO QUE "VERDADERAMENTE ES", Y "LO QUE HA PASADO A SER", POR VÍA IMITATIVA, SOCIAL. Caso muy diferente al del "mutante hereditario", el cual hasta en la última célula de sus tejidos, "ES LO QUE ES". El fenómeno psicológico de la Imitación ha sido muy bien estudiado por los psicólogos, pero no creo que se haya pensado en seguirlo a través de sus consecuencias antropológicas, en estos mecanismos que hemos venido sugiriendo, y que los hace permanentes por la vía de la tradición, opuestos a los que llegan por la "legítima" vía genética, y que no son en manera alguna imitados, prestados o "artificiales" en su verdad biológica.

Quizás si el empecinado antropomorfismo del concepto "Hombre" no deriva de esta natural reacción del No-Mutante, y si el progresivo esclarecimiento sobre estas cuestiones, no es producto, a su vez, de la clarificación que se va operando en la mente mutante. En otro plano, el patológico, quizás si también muchos trastornos que están en base de lo que la Psiquiatría denomina "rechazo" (*refoulement*), y que hasta ahora ha recibido en el Psicoanálisis una interpretación un tanto metafísica, no derivarían de esta dualidad psíquica en que se halla el No-Mutante.

Resumiendo estas ideas, creemos llegado el momento de aceptar que nuestro concepto actual del Hombre es abiertamente antropomórfico en la mayoría

de la humanidad. Que él ha sido la causa principal del estagnamiento de la Antropología y de la Psicología. Hay una serie de interrogantes que, según nuestra modesta opinión, no han sido tratados, y menos, resueltos, debido a este hecho. Y es grave que así ocurra, porque tal investigación podría traernos, quizás, la explicación de muchos hechos dispersos, agrupables más tarde en una teoría que podría englobarlos todos, y que a lo mejor sería capaz de darnos por fin la respuesta a la pregunta que desde tanto tiempo ha estado haciéndose la humanidad, a la manera de un hombre que anduviera a la siga de una luz que él mismo lleva en la mano: "¿Qué es el Hombre? ¿Por qué no tenemos una definición adecuada del mismo? ¿Por qué no la tenemos, tampoco, del animal?"